

A MEDIANOCHE

---

*(Traducción libre de Young.)*

Dulce esperanza del mortal doliente,  
Bálsamo celestial, sueño dichoso,  
Tú, á par del mundo, con tu bien regalas  
De la Fortuna ciega al favorito,  
Y huyendo desdeñoso,  
Con vaporosas alas,  
Del infeliz que tu beleño implora  
Con llanto inútil cuando el sol se aleja,  
O cuando vuelve á sonreir la Aurora,  
Te posas luego cariñoso y blando,  
Negra abejilla que en la flor se mece,  
En párpados que el llanto no humedece.

De turbado, brevisimo reposo,  
Cual de costumbre, lánguido despierto.  
¡Dichoso aquel que á despertar no llega!  
Yo envidio su ventura, si no es cierto  
Que paz y olvido al desdichado niega  
La tumba misma, que el sentir no agota,



Y hasta en su espacio yerto  
La plaga de los sueños nos azota.

Despierto y salgo del horrible piélago  
De sueños tormentosos donde, náufraga,  
Mi mente va impelida de ola en ola  
De fingida miseria, sin la brújula  
De la razón... Mas ya volver la siento;  
Y en vano vuelve, que de penas cambio,  
Logrando sólo á mi dolor aumento.  
¿No basta á mi penar la luz del día,  
Y con su lobreguez la noche oscura  
Es fuerza que redoble mi agonía?

Piedad, oh Noche, que en el alto trono  
Del cielo nebuloso hora asentada,  
Y en torno rodeada  
De este silencio lúgubre y profundo,  
De plomo el cetro tiendes  
Que rinde y avasalla al débil mundo.

Quietud que infunde horror y muchas sombras  
Reinan doquier, cual si en letargo hundida  
La creación entera, hiciese un alto  
La vida universal. ¡Pausa tremenda,  
De fin cercano símbolo y anuncio!  
Cúmplase en mí el pronóstico infalible;  
Caiga luego el telón, que, aborrecible,  
La farsa innoble del vivir renuncio.

Silencio, oscuridad, gemelos hórridos  
Que la Noche abortó, dejad que al punto  
Consulte á la razón mi pensamiento

Y en ella funde el alma su energía,  
Cual en robusto asiento.

Tú que pusiste en fuga el primer día  
Del caos al silencio tenebroso,  
Cuando, al lucir encantadora el alba,  
Rompió Natura en armoniosos himnos:  
Tú, cuya voz, hiriendo las tinieblas,  
Chispas hizo brotar que soles fueron  
Con que el espacio pueblas,  
Disipa esta negrura,  
Rasga la niebla que tu faz me esconde  
Y brote al fin de mi alma lumbre pura.

Mi espíritu volando desprendido  
De la mortal escoria, busca ansioso  
Tu luz resplandeciente,  
Como infeliz avaro el que ha perdido  
Riquísimo tesoro.  
¡Dios mío! en esta noche redoblada  
Del mundo y de la mente, una mirada  
De tu piedad imploro:  
Envíala, Señor, del almo cielo;  
Vendrá con ella á mi ánima expirante  
El germen de otra vida,  
Ráfaga de esperanza y de consuelo.

Suena el reló... ¡la una! ¡oh tiempo, oh tiempo!  
Sólo al perderte se halla tu medida,  
E inútil voz y lengua te prestamos  
Si tan sólo alcanzamos  
Que nos des al volar tu despedida.  
Misteriosa campana,



Te escucho como al ángel de la tumba ;  
 Tal vez oírte no podré mañana,  
 Que en tus voces pausadas y sonoras  
 De llanto un eco misterioso zumba  
 Y el doble suena de mis muertas horas

Muertas, sí, que se van y nunca vuelven ;  
 Allá se engolfan en el hondo abismo  
 A do fueron los días y los años  
 Que de este mundo el rápido espejismo  
 Con su fuga disuelven,  
 Que huyendo esparcen luto y desengaños  
 Y del vivir la nulidad pregonan ;  
 Una tras otra sin cesar cayendo  
 Allá donde los siglos se amontonan  
 Y se pierden al fin... ¿Será que espere  
 La eternidad al mísero gusano  
 Que en la cárcel de un punto vive y muere  
 Y se hunde en el olvido,  
 Gota que llueve en medio al oceano,  
 A otras mil, á millones semejante,  
 Parásito infeliz de un breve instante?

¡Cuán pobre y rico, augusto y degradado,  
 Se siente el hombre, y cuán incomprensible  
 Su Autor confunde á la razón mezquina !  
 El Hacedor unió, para formarle  
 Con su mano divina,  
 Del caos los contrarios elementos,  
 Y en su obra dejó escrito  
 Con trazos refulgentes  
 Lo que ella fué en su mente soberana :  
 ¡Eslabón de dos mundos diferentes,

Término entre la nada y lo infinito,  
 Ráfaga de éter, corrompida escoria,  
 Luz inmutable, efímero Proteo,  
 De fango hechura vil y de alta gloria  
 Heredero inmortal, titán pigmeo,  
 Gusano y dios !... Al contemplar mi esencia  
 Mi pobre entendimiento se extravía,  
 Tiemblo y me espanto y pienso que me burla  
 Mi loca fantasía.

¡Profundo arcano el hombre para el hombre !  
 En vano lucha al apurar su idea ;  
 Ya el júbilo, ya el miedo le arrebató,  
 Y su ánimo flaquea  
 Cuando su mente, de vagar rendida,  
 Volviendo á sí, de comprenderse trata.

¡Gran Dios ! ¿quién puede eternizar mi vida ?  
 Y mi existencia aniquilar, ¿quién puede ?  
 La mano de un arcángel poderosa  
 Salvarme de la tumba no podría,  
 Y ni ángel ni demonio, allá en la fosa,  
 La llama de mi ser extinguiría.

*Agosto de 1878.*



## A INES

*(Traducido de Lord Byron.)*

¡A mi lúgubre aspecto no sonrías!  
 ¡Ay que yo ya no puedo sonreír!  
 Mas no permita el cielo que en tus días  
 Gimas y nada alcances con gemir.

La pena oculta descubrir no quiera:  
 Que roe mi lozana juventud;  
 En vano mi tormento conocieras  
 Si á calmarlo no bastas ya ni tú.

No es el amor ni el odio envenenado,  
 Ni de baja ambición perdido bien  
 Lo que me impele á maldecir el hado  
 Y huir de todo lo que más amé.

Es el atroz cansancio que destila  
 De todo cuanto miro alrededor;  
 La belleza no hiere mi pupila,  
 Tus ojos ¡ay! perdieron su fulgor.

Es la condenación sin esperanza  
 Que Asavero por siempre arrastrará;  
 Más allá de la tumba á ver no alcanza,  
 Y el reposo no espera más acá.

Sí, que huir de mí propio no consigo  
 Y siempre, adondequiera que llegué,  
 El cáncer de mi vida fué conmigo,  
 —Pensamiento ó demonio—no sé qué.

En cambio, hay otros que el placer embriaga  
 Y gozan lo que á mí me hostiga ya:  
 Sueñen, sí, y del sopor que los halaga  
 No lleguen, cual yo, nunca á despertar.

Vagar sobre la tierra fué mi sino,  
 Irónico mirar lanzando en pos,  
 Y es sólo mi consuelo que el destino  
 Tal vez sembró en mis pasos lo peor.

Lo peor... ya no más saber intentes,  
 Inés mía, sonríete feliz:  
 A desnudar mi corazón no atentes,  
 No... ¡que un infierno encontrarás allí!

*Oaxaca, Agosto de 1852.*



## LA ORACION NATURAL

(*"The prayer of Nature" de Byron.*)

¡Oh padre de la luz, oh Dios del cielo!  
¿Atiendes Tú al gemir de la desgracia,  
Sus crímenes perdonas á los hombres,  
Del débil escuchando la plegaria?

¡Oh padre de la luz, tu gracia imploro!  
Tú viendo estás lo negro de mi alma;  
Tú, que al insecto miserable cuidas,  
Evita al pecador su muerte infausta.

No busco altar ni preste, sólo vivo  
Ansiando la verdad... ¿dónde encontrarla?  
Descubro ya tu omnipotencia y lloro  
De mi azarosa juventud las faltas.

Alce el devoto portentosa iglesia  
Que el fanatismo reverente acata;  
El sacerdote, en interés del culto,  
Fomente las leyendas insensatas;

¿Puede encerrar el hombre á un Dios inmenso  
En templo oscuro ó bóvedas doradas?  
Tu rico templo es el espacio libre,  
La tierra, el mar y cuanto el cielo abarca.

¿Y así el mortal condenará á su hermano  
Porque con otra fórmula te ensalza?  
¿Y creará que, ofendiéndote uno solo,  
Castigas tú sin compasión la raza?

Si cada secta inventa un paraíso,  
Al infierno destina á sus contrarias  
Porque te ruegan de distinto modo  
Y difiere en la forma su esperanza.

¡Ah! reñirán por dogmas diferentes  
Que la razón á comprender no basta.  
¿Podrá el gusano escudriñar el cielo  
Cuando en el lodo el infeliz se arrastra?

Y los que viven para sí, egoístas,  
Que en el inmundo crimen se encenagan,  
¿Podrán por su fe sola quedar limpios  
Y vivir para siempre en tu morada?

¡Gran Dios! no quiero biblias ni profetas,  
Tu ley en la creación se ostenta clara.  
Confieso que soy débil y perverso,  
Mas mi oración del pecho se derrama.

Tú que, rigiendo el curso de los astros  
Por infinitas sendas y distancias,  
De polo á polo con robusto cetro  
En la extensión del universo mandas;

Tú, que arrojaste al hombre en este mundo,  
De donde cuando quieres lo arrebatas,  
En tanto que yo pise el triste suelo  
Tiéndeme ¡oh Dios! tu mano sacrosanta.



A ti, Señor, levantaré mis ojos:  
 En próspera fortuna ó suerte ingrata  
 Tu sola voluntad será mi aliento,  
 Que tengo sólo en tu piedad confianza.

Cuando este polvo al cieno regresare,  
 Si quedan á mi espíritu sus alas,  
 ¡Con cuánto ardor, tu nombre bendiciendo,  
 He de lanzarme hasta besar tus plantas!

Mas si este pobre espíritu la suerte  
 Del cuerpo ha de sufrir en tumba helada,  
 Si ha de morir mi todo, mientras viva  
 Elevaré á tu trono mis plegarias;

Que, agradecida á tu bondad patente,  
 La humilde musa con amor te canta:  
 Yo espero ¡oh Dios! que al término del viaje  
 Mi torpe vida encontrará tu gracia (1).

Febrero de 1905.

(1) El original de esta poesía es una efusión de sentimientos religiosos y hasta humildes de lord Byron, conocido por uno de los hombres más escépticos y orgullosos de su tiempo. Ciertamente que mostró con frecuencia esos defectos y aun vicios que afean su extraordinaria vida; pero también es verdad que, en medio de sus descarríos, brilla en él un fondo de generosidad y de nobleza que lo hacen muy simpático. No puede olvidarse, por ejemplo, que sacrificó gran parte de su fortuna, y al fin su existencia, á la causa de la libertad en la tierra clásica de los helenos. Sus conceptos en esta que él llama oración (*prayer of Nature*) rebosan de sinceridad y no parecen escogidos con sólo un criterio estético. Por eso he querido traducirla, aun en la duda de si no estará mejor vertida por algún otro al castellano.—I. M.

### GODIVA

(De *Tennison.*)

No solamente los que somos fruta  
 Que el tiempo da en sus últimas cosechas  
 Y desdeñamos hoy como inservibles  
 Leyes, instituciones y creencias  
 Que ayer aún existían; no tan sólo  
 Los que preconizamos nuestra época  
 De luces mil y universal sufragio,  
 Al pueblo amamos con ternura inmensa;  
 También en otro tiempo (muy antiguo,  
 Allá en el año mil de nuestra era)  
 Ilustre dama, candorosa y pura,  
 Celebrada en la historia ó la leyenda,  
 Godiva, esposa de soberbio noble  
 De Cóventry señor, en dura prueba,  
 Mostró su amor al pobre y desvalido,  
 No cual tribuno en retumbante arenga.

Juzgad, lectores, por mi fiel relato:  
 El caso fué que á la ciudad y tierra  
 Impuso el Conde abrumador tributo,  
 Y las madres, llegando á su presencia,



Mostrábanle á sus hijos y exclamaban:  
 “¡Piedad, Señor, nos mata la pobreza!”  
 Godiva le buscó y hallóle absorto  
 Entre perros y halcones á la puerta  
 De su mansión, de un pie la roja barba  
 Y dos de largo las incultas greñas,  
 Mover su duro corazón pensando  
 “Mira esa pobre gente, ¡cuán hambrienta,  
 Cuán flaca está! —le dice conmovida—.  
 Si te pagan, los hunde la miseria.”  
 Escúchala el sajón con ceño adusto  
 Y así responde: “Privación ó pena  
 Ninguna aceptarías ¡voto á Sanes!  
 Por esa chusma imbécil y... plebeya.”  
 “Mi sangre diera yo”—Godiva exclama.  
 Carcajada feroz el Conde suelta,  
 Jurando por los santos y el demonio  
 Que nunca vió locura tan completa.  
 Jugaba con sus joyas y decíale:  
 —“Pues vaya que te luces de embustera!”  
 —“La prueba te daré que no es jactancia  
 Lo que digo y á todo estoy resuelta.”  
 —“¿A todo? Bien—el bárbaro replica—,  
 Desnuda y á caballo, que te vean  
 Sus habitantes, cruza á mediodía  
 La ciudad, y les quito la gabela.”  
 Y con risa ó ladrido, entre sus canes,  
 Se marcha celebrando su ocurrencia.

Godiva, solitaria, reflexiona:  
 De impulsos encontrados su alma presa,  
 La agitan como vientos borrascosos

Que en mar revuelto con la nave juegan.  
 Triunfa la piedad; y al punto manda  
 Que, por doquier y al són de las trompetas,  
 Un heraldo pregone el duro pacto  
 Que ideara el vil Conde y que ella acepta  
 Por aliviar al pueblo en su infortunio:  
 El cual, con gratitud y con sorpresa  
 Noticia tal oyendo, determina  
 (Pues ama á su señora y la respeta)  
 Que nadie, hasta después del mediodía,  
 A estar en sitio público se atreva,  
 Ni á verla cuando pase, y que en las casas  
 Se ha de quedar la población entera  
 En tanto que ella cruce por la calle,  
 Cerradas las ventanas y las puertas.

Godiva entonces huye al más recóndito  
 Camarín del alcázar, donde empieza  
 Por desprender de su cintura el broche  
 (Dos águilas unidas de oro y perlas  
 Del Conde rica dádiva). La asusta  
 Levísimo rumor, medrosa, trémula  
 Cual la luna en el río; mas de pronto  
 Se anima y, sacudiendo la cabeza,  
 Le bajan como un velo á las rodillas  
 Los rizos tembladores de ambas crenchas.  
 Desnúdase á gran prisa y, recatada,  
 Desciende en un instante la escalera,  
 De columna en columna deslizándose  
 Como rayo de luz, hasta que llega  
 Do está su palafrén luciendo el oro  
 En la bordada púrpura que ostenta.



Monta y su marcha emprende sin más ropa  
 Que el velo de su blonda cabellera.  
 El viento mismo pareció embargado  
 Mirando así á mujer tan pura y bella;  
 Los bustos de la fuente colosales  
 Sus ojos agrandaban; se le acercan  
 Ladrándole los perros y, encendido  
 El rostro, ella los mira con vergüenza.  
 De su montura el resonante paso  
 La hacía estremecer; por dondequiera,  
 En las paredes hoyos y rendijas  
 Se le figura que al pasar encuentra,  
 O bien que mil fantasmas por el aire  
 Curiosos y anhelantes la contemplan.  
 Mas sigue en el camino que le traza  
 Su ardiente caridad, hasta que empiezan,  
 Al fin del caserío, de los campos  
 La verde alfombra y rústica maleza.

La rienda vuelve y sigue sin más ropa  
 Que el velo de su blonda cabellera.  
 Entonces un villano, torpe víctima  
 De su inmunda y vulgar naturaleza,  
 Baldón é infamia de futuros siglos,  
 De sutil abertura se aprovecha  
 Para admirarla... ¡Desdichado! súbito  
 Hundido queda en lóbregas tinieblas:  
 Los ojos, desprendidos de sus órbitas,  
 Cayéronle delante como piedras.

.....

Así castiga Dios al temerario  
 Que, en mofa de su santa providencia,

Amiga de las almas generosas,  
 Con instinto brutal les hace ofensa.

Godiva, en tanto, sin saberlo pasa,  
 Y al punto doce campanadas suenan  
 Que lentas repitieron las cien torres  
 De Cóventry, dormida en apariencia,  
 Marcando la mitad de un claro día  
 Hermoso con el sol de primavera.

Cumplió la bella lo ofrecido. Rápida  
 Volviendo al camarín, allí se encierra  
 Y de manto y corona presto sale  
 A reclamar del Conde la promesa.  
 Salvó á la multitud desventurada  
 Del tributo, con él de honda miseria,  
 Y, bendiciones cosechando á miles,  
 Su nombre coronó de fama eterna.



## LADY CLARA

*(De Tennison.)*

En la estación de anémonas y lirios,  
 Cuando al amanecer las aves cantan,  
 Blanca gacela presentó lord Rónald  
 A su querida prima lady Clara.

Y á fe que ella aceptóla con deleite,  
 Pues ya, la unión de entrambos concertada  
 De tiempo atrás, la interesante boda  
 Debía celebrarse en la semana.

No bien se aleja el lord, en su alegría,  
 Exclama así la vanidosa dama:  
 "No el lustre sin igual de mi linaje  
 Ni mis terrenos que un condado abarcan,

Tan sólo mi virtud, mi propio mérito,  
 Mi hermosura quizá, tal vez mi gracia,  
 Eso no más lo induce al matrimonio  
 Y no puedo dudar de que me ama."

"¡Gran Dios!—prorrumpe su nodriza Cora—  
 Gracias te doy que al fin todo lo allanas.  
 Lord Rónald fué el legítimo heredero  
 De Dúncan y tú no eres lady Clara."

—“¿Te has vuelto loca, ó tratas de burlarme  
 —La dama dice—con tan necia chanza?”  
 —“Como hay un Dios lo afirmo—grita Cora—  
 Que tú eres hija de esta pobre anciana.

Ausentóse lord Dúncan, y su hija  
 Murió en mis brazos, pues me fué entregada,  
 Yo la enterré y en su lugar te puse:  
 Verdad en esto digo: ¡pese á mi alma!”

—“Muy mal, muy mal obraste, madre mía.  
 (Si lo eres)—replica lady Clara—;  
 Robaste largo tiempo á tan buen hombre  
 Los bienes que la ley y Dios le daban.”

—“No digas eso, no, que soy tu madre,  
 Y mi secreto para siempre guarda;  
 Al fin, de todo gozará lord Rónald  
 Uniéndose contigo ante las aras.”

—“No, si nací mendiga, ¿á qué ocultarlo?  
 Todo lo he de decir; no quiero nada.  
 Quitame pronto este collar de perlas,  
 Despójame de todas mis alhajas.”

—“Calma, calma, hija mía, reflexiona  
 Que tú y yo nos perdemos si no guardas  
 Reserva.”—“No, imposible, y aun pretendo  
 Probar la fe que debo á sus palabras.”

—“¿Fe en un amante? Admiro tu inocencia,  
 Verás que el hombre su derecho afianza.”  
 —“¡Y lo obtendrá por mí!—gritó la hermosa—  
 Así entendiera yo morir mañana.”



—“Bésame, pues, al menos, hija mía,  
Y perdona á mi amor mi grave falta.”  
—“Perdón te pido yo. Madre, bendíceme,  
Voy á cumplir obligación sagrada.”

Vestida luego con humilde traje,  
A pie el camino emprende, por la falda  
Del collado, al castillo de lord Rónald,  
Sin más adorno que una rosa blanca.

La fiel gacela que le dió su primo  
(Era en extremo cariñosa y mansa)  
Rompiendo su cadena, al punto uniósele  
Y acompañóla en toda su jornada.

Bajó lord Rónald de la torre y díjole:  
—“¿Habéis perdido el juicio, lady Clara?  
¿A pie y en traje de villana tosca  
Vos, de nuestra nobleza flor y nata?”

—“Si llevo así vestida pobremente,  
Tal corresponde á mi fortuna escasa;  
Mendiga soy por nacimiento—añade—  
Y no debéis llamarme lady Clara.”

—“No me vengas con cuentos, amor mío,  
Que tuyo soy por siempre en cuerpo y alma;  
No quieras hoy mofarte de tu primo  
Que no puede entender tu loca chanza.”

Serio se puso el Lord y pensativo;  
Pero Clara en su intento no desmaya  
Y le repite lo que cuenta Cora,  
Fijando en él tranquila su mirada.

Suelta la risa á lo último Lord Rónald  
Y un beso imprime en su mejilla nácar:  
“Si tú—le dice—no heredaste rentas  
Ni el nombre ilustre que tan bien te cuadra;

Si por la ley todo eso va á ser mío,  
Haremos que conmigo lo compartas,  
Nos casaremos pronto, y sin disputa  
Serás de nuevo y siempre Lady Clara.”

*Febrero de 1905.*